



Revista Affectio Societatis

Departamento de Psicoanálisis

Universidad de Antioquia

affectio@antares.udea.edu.co

ISSN (versión electrónica): 0123-8884

ISSN (versión impresa): 2215-8774

Colombia

2012

Juan Guillermo Uribe

LA COSA Y EL SACRIFICIO

Revista Affectio Societatis, Vol. 9, N° 16, junio de 2012

Art. # 5

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

LA COSA Y EL SACRIFICIO¹

Juan Guillermo Uribe²

Resumen

La introducción de la noción de *das Ding*, la Cosa, en el Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, es de una importancia crucial tanto para la clínica psicoanalítica como para la reflexión ética general. Lacan toma de Kant la noción de *ley moral* como imperativo categórico, que para Kant tiene la fuerza de una ley necesaria por su articulación lógica. Lacan le da a *das Ding* el mismo estatuto de coerción categórica. De esa forma articula lo real del goce con el *Más allá del principio de placer* de Freud. Lo escandaloso es que el psicoanálisis desvela la posición del sujeto de querer estar bien en el mal y las consecuencias de sacrificio que esto impone.

Palabras clave: La Cosa, ley moral, goce, sacrificio.

THE THING AND THE SACRIFICE

Summary

The introduction of the notion of *das Ding*, the Thing, in the 7 Seminar: *the ethics of the psychoanalysis* is of crucial importance as well as for the clinic psychoanalytic as for the general ethics reflection. Lacan takes from Kant the notion of *moral law* as categorical imperative, which, for

him, it has the force of a necessary law for its logical articulation. Lacan gives to *das Ding* the same statute of categorical coercion. i.e., he articulate the real part of the enjoyment with the Freud's *beyond the pleasure principle*. The scandalous point is that the psychoanalysis shows the position of the subject when he/she wants to be good in the middle of the bad conditions and the sacrifice consequences this entails.

Keywords: the Thing, the moral law, enjoyment, sacrifice.

LA CHOSE ET LE SACRIFICE

Resumé

L'introduction de la notion de *das Ding*, la Chose, au séminaire 7: l'Étique de la psychanalyse, est de crucial importance autant pour la clinique psychanalytique que pour la réflexion éthique générale. Lacan prend de Kant la notion de *loi morale* en tant que impératif catégorique. Pour Lacan, cette notion a une force d'une loi nécessaire à son articulation logique. Ainsi, il articule le réel avec de la jouissance avec le *au-delà du principe du plaisir* de Freud. Ce qui fait scandale est que le psychanalyste dévoile la position du sujet de vouloir être bien dans le mal, et les conséquences de sacrifice que celui-ci impose.

Mots clés: La Chose, la loi morale, la jouissance, le sacrifice

Recibido: 22/08/11 Evaluado: 12/10/11 Aprobado: 22/10/11

¹ El presente artículo desarrolla elaboraciones parciales sobre el tema del exceso y la regulación llevadas a cabo dentro de la investigación: "Las relaciones entre temperancia (*sophrosyne*) y desenfreno (*hybris*): un abordaje entre la filosofía y el psicoanálisis", en curso actualmente por parte de la línea de investigación *Psicoanálisis, filosofía, epistemología*, del Grupo de investigación *Psicoanálisis, sujeto y sociedad*, del cual el autor es miembro.

² Psicoanalista. Docente de la Maestría en Investigación psicoanalítica del Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia (Colombia). Miembro de FOROS del Campo Lacaniano (Sede Medellín). jumaru@une.net.co

Lacan en el *Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en la lección del 24 de junio de 1964, al referirse al drama del nazismo dice que “presenta las formas más monstruosas y supuestamente superadas del holocausto”; desafía a los que consideran el sentido de la historia “[...] fundado en las premisas hegeliano-marxistas” para dar cuenta del carácter sacrificial de esos hechos, y agrega: “[...] son muy pocos los sujetos que pueden no sucumbir, en una captura monstruosa, ante la ofrenda de sacrificio a los dioses oscuros”. Prosigue Lacan:

La ignorancia, la indiferencia, la desviación de la mirada, puede explicar bajo qué velo sigue todavía oculto este misterio. Pero para cualquiera que sea capaz de dirigir, hacia ese fenómeno, una valerosa mirada —y, una vez más, poco hay de seguro para no sucumbir a la fascinación del sacrificio en sí mismo— el sacrificio significa que, en el objeto de nuestros deseos, intentamos encontrar el testimonio de la presencia del deseo de ese Otro que aquí llamo el Dios oscuro. (Lacan, 1987: 283)

Hay que destacar en este denso texto varios términos que permiten ordenar el tema del sacrificio al que se refiere Lacan: “[...] bajo qué velo sigue todavía oculto ese misterio”; “Fascinación del sacrificio”; “el objeto de nuestros deseos”; “el testimonio de la presencia del deseo del Otro”.

Para dilucidar la secuencia de esta enunciación, veamos cómo Lacan hace una comparación entre la posición de Spinoza y su *Amor intellectualis Dei*, quien reduce el dominio de Dios a la universalidad del significante, lo que produciría la posición única mediante la cual el filósofo puede llegar a confundirse con un amor trascendente. Lacan considera esa posición como insostenible, lo cual lo lleva a alinearse con el postulado de la ley moral de Kant:

Esa posición no es sostenible para nosotros. La experiencia nos muestra que Kant es más cierto y he probado que su teoría de la conciencia, cuando escribe sobre la razón práctica, no se sostiene más que dando una especificación de la ley moral que, al examinarla de cerca, no es otra cosa que el deseo en estado puro, ese mismo que conduce al sacrificio, propiamente hablando de todo lo que es el objeto del amor en su ternura humana —digo bien, no sólo al rechazo del objeto patológico, sino a su sacrificio y a su asesinato. Por eso he escrito Kant con Sade”. (Lacan, 1987: 283)

Destaquemos en este párrafo las consecuencias de la reflexión kantiana en la *Crítica de la razón práctica*, que al exigir el sacrificio de todo deseo movido por la ternura humana, supondría su sacrificio y asesinato para alcanzar un deseo puro. La ley moral es un “deseo en estado puro”.

El *Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis* (1959-60), le sirve para mostrar que las máximas éticas antiguas están dirigidas a buscar la felicidad articulada a la virtud. Hasta en las propuestas libertinas de obedecer a la naturaleza y sus impulsos, el hombre del placer busca su felicidad. En el caso del *utilitarismo*, se busca situar el bien en relación al lenguaje mediante los *fictitious*, destacado por Bentham.

Sin embargo, el psicoanálisis formula el carácter fundamental del masoquismo que contradice las máximas de la virtud y la felicidad de las éticas, cuando Freud en *El problema económico del masoquismo* (1924) se pregunta por la relación de este con el principio de placer; cómo articular el dolor con el placer:

Desde el punto de vista económico, la existencia de la aspiración masoquista en la vida pulsional de los seres humanos puede con derecho calificarse de enigmática. En efecto, el masoquismo es incomprensible si el principio de placer gobierna los procesos anímicos de modo tal que su meta inmediata sea la evitación de displacer y la ganancia de placer. Si dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos, en metas, el principio de placer queda paralizado, y el guardián de nuestra vida anímica, por así decir, narcotizado. (p. 165)

Se necesita hacer un recorrido que permita ubicar “el deseo en estado puro” y “el sacrificio” que es el propósito de esta exposición.

Cuando Lacan escribe “deseo en estado puro”, siguiendo a Kant, lo distingue de los deseos de la experiencia con los objetos buscados por la pulsión. Bernard Bass (1999: 53) los nombra *como epithumene*, palabra griega derivada del *epithumia*, *deseo*.

Su condición de objetos parciales los ubica en el campo de la experiencia y de los apetitos, que van más allá de la necesidad. El sujeto busca el objeto perdido siguiendo el intento de una identidad de percepción entre ese objeto y su deseo. Estos deseos se encuentran articulados a la cadena significante, se pueden nombrar.

El sujeto del deseo se constituye, como tal, por su alienación en la cadena significante, ya que su existencia es de representación por el significante mismo, en su oposición de un significante para otro. Por eso, el sujeto no puede procurarse él mismo un objeto, sino mediante la cadena que lo engendra. Esto lo pone en posición de *alienación* que le es constitutiva como sujeto. Esta *alienación* conlleva un movimiento del deseo en tanto hay una falta en el origen. Esta falta llevó a Freud a pensar míticamente en un objeto perdido en la “Vivencia originaria de satisfacción” descrita en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895).

Durante su enseñanza del seminario sobre la ética del psicoanálisis, Lacan introduce la noción de *das Ding*, *la Cosa*, que marca en el límite de la experiencia el origen de la falta. La Cosa es pura falta, no es un objeto, es pura pérdida, se podría pensar en una pérdida anterior a lo perdido, como lo dice Bernard Baas (1999) en su libro *El deseo puro, —a propósito de “Kant con Sade”— de Lacan*. Más adelante Lacan relacionará el objeto *a* con *das Ding*: “[...] *el objeto a* tampoco es identificable al sujeto del deseo. Solamente está articulado al sujeto del deseo, pero en tanto que este sujeto está dividido. Esta división le viene al sujeto

de que su deseo no procede de nada consistente, sino de la pura falta de la Cosa. Es la falta de la Cosa la que lo tacha (sujeto barrado del deseo) tal como se articula (está articulado) al objeto *a* en el fantasma: $S \diamond a$. (Baas, 1999: 80)

Das Ding es la falta antes de la falta. Lacan extrajo *la Cosa* de la “vivencia de satisfacción” del *Proyecto* en el momento en que por efecto de la urgencia de la vida, *Not des Lebens*, y el desamparo originario, *Hilfslosigkeit*, el *infans* humano grita y un auxiliador externo introduce una *acción específica*, produciéndose la partición entre un objeto satisfactor y otro hostil que queda por fuera como *Cosa del mundo*, según Freud.

Lacan dedica varias lecciones de su *Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis* (1959-60) a desarrollar las consecuencias de esta noción de *la Cosa*. Noción que articulará posteriormente al objeto *a* desde el *Seminario, Libro 10: La angustia* (1963-64). *La Cosa*, según esta constatación clínica, es pura falta y está conectada con la separación a la que Lacan designa como objeto *a*, objeto distinto de cualquier objeto empírico, o sea no pulsional, aunque la experiencia lo ligue a estos.

El seno y los excrementos, en el comienzo no tienen categoría de objetos hasta que se produce su separación del cuerpo, generando así la relación sujeto/objeto. De este modo, alienación y separación son constitutivas del sujeto. Se obtiene así el sujeto alienado al significante en un primer momento y, en un segundo momento, separado y deseando un objeto efecto de esa separación.

El objeto *a* llega por esta vía, a ser objeto de deseo, es decir, un deseo diferente de todo objeto pulsional o empírico, “un deseo en estado puro”. La satisfacción de ese deseo puro es el goce claramente distinto del placer, ya que el placer se satisface pulsionalmente mediante los diferentes objetos articulados al cuerpo y sus orificios. Por eso el goce se presenta como imposible, pues *la Cosa* no es más que falta, y el objeto *a*, índice de un cierto goce.

La Cosa es una pura falta y en tanto falta no es objeto perdido. No se la puede señalar como falta de un objeto epituminal. El sujeto separado de lo que le falta queda marcado por un objeto distinto de los objetos de la experiencia.

El objeto *a*, aunque relacionado con objetos de la experiencia como el seno, los excrementos, la mirada y la voz, que son objetos de los cuales se ha separado el sujeto, produce así la separación sujeto/objeto. De este modo, aunque el deseo es deseo de un objeto empírico porque pasa por la cadena significativa es, sin embargo, causado y procede de la pura falta.

La satisfacción que se obtiene de este deseo puro es el goce radicalmente diferente del placer propio de los objetos empíricos, epithumiales. Pero este goce es imposible porque el deseo no puede separarse del orden significativo donde se constituye. Del goce no hay sino un índice, una especie de resto que proviene de la pura falta.

El objeto empírico, como lo muestra Kant en la *Crítica de la razón pura* (1985: 531-532) sirve como *focus imaginarius* para articular el incondicionado absoluto, *la Cosa* en el campo trascendental a priori, con los objetos de la sensibilidad. Lo incondicionado no es cognoscible sino pensable. Por eso Kant se ve forzado a pensar una “facultad de desear” a priori, y por consiguiente no puede satisfacerse con objetos empíricos. *Das Ding* se convierte en la causa del deseo y como causa determina la pureza del deseo al no depender de lo empírico.

Solamente puede postularse un objeto puro y un sujeto dividido. El sujeto en su pureza trascendental no puede tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento. Se produce así la división del sujeto en la argumentación kantiana.

La anterior reflexión, aunque somera, muestra el camino tomado por Lacan para articular “el deseo en estado puro”. Su desarrollo en el seminario de la ética le requería toda la argumentación kantiana tanto en la *Crítica de la razón pura* como en la *Crítica de la razón práctica*, la que Lacan recomienda como indispensable para seguirlo ese año.

De lo anterior se puede concluir con Lacan, que la voluntad de goce comprometida con un objeto empírico está articulada al deseo del Otro, como voluntad de goce imposible, como es el caso del imperativo de goce de Sade. El Otro hace irrupción en tanto que el deseo del sujeto está sometido irremediabilmente a la Ley — con mayúscula— en tanto le viene del Otro.

Al comprender el lugar de *la Cosa* como incondicionado absoluto, se puede articular su condición de pura falta con el deseo del sujeto. Sin embargo, *la Cosa* es inaccesible en ella misma y no hay otro recurso para gozar que valerse del objeto a revestido con sus “casullas” pulsionales, como lo dice Lacan en el seminario *La angustia*.

Lacan en su escrito de 1963, *Kant con Sade*, a propósito del sacrificio, muestra cómo el sujeto sadiano se reduce a ser él mismo solamente agente que ejecuta la Ley del Otro —voluntad de goce—. El sujeto sadiano pasa a ser así objeto causa del deseo que hace sufrir a la víctima los efectos de esa sumisión a la Ley. Lacan

escribe esta ley con mayúscula para diferenciarla de la ley positiva, normativa: “Es lo que sucede con el ejecutor en la experiencia sádica, cuando su presencia en el límite se resume a no ser ya sino su instrumento”. (p. 752)

Se puede complementar la cita anterior con la siguiente del mismo escrito: “El deseo que es el soporte de esa escisión del sujeto, se avendría, sin duda a decirse voluntad de goce. Pero esa apelación no lo hace más digno de la voluntad que invoca en el Otro manteniéndola hasta el extremo de su división respecto al pathos; pues para eso, parte ya vencido, prometido a la impotencia”. (p. 765)

Cuando Lacan afirma en ese mismo escrito (p. 765) que “Sade es la verdad de Kant”, es para mostrar que el sacrificio exigido por la Ley moral racional, según Kant, exige el sacrificio de los afectos más queridos del yo. Tanto en el caso de Sade como en el de Kant, la sumisión a la Ley exige el sacrificio de todos los objetos patológicos *pathologisches Objekt*, es decir, todo lo que es objeto de amor y ternura.

En este punto los críticos de Kant señalan lo imposible de tal posición, tal es el caso de Schopenhauer y autores como Adorno y Horkheimer que consideran esta postura como la posibilidad de llevar a los otros al nivel de cosas sometidas a la legislación pura de la ley anónima (Horkheimer & Adorno, 1947: 92-127). En el campo de la literatura basta con seguir los escritos de Franz Kafka, especialmente *El proceso*, para encontrar el absurdo de una ley impersonal y absoluta, Otro arbitrario y tirano.

Al retomar el párrafo citado de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1987: 283), al comienzo Lacan afirma: “[...] se evidencia que son muy pocos los sujetos que pueden no sucumbir, en una captura monstruosa, ante la ofrenda de un objeto de sacrificio a los dioses oscuros” (p. 282). Lo que permite comprender la argumentación sobre el sacrificio, la ley moral y *das Ding*, apoyada en el sadomasoquismo destacado por Freud en la experiencia clínica.

El tema del sacrificio ha sido un asunto recurrente en la filosofía moderna desde Kant y Hegel.³ No hay una unidad conceptual sobre el sacrificio dadas las diferentes versiones y orígenes que se le atribuyen. Para Kant los sacrificios son inútiles pues provienen de un deseo espurio de alcanzar beneficios que no tienen verdadero valor moral. Pertenecen más bien a la ilusión religiosa que es en el fondo una tendencia supersticiosa, como lo desarrolla en *La religión en los límites de la simple razón* (1983: 186-187).

³ Autores como Hegel, René Girard, Jean Paul Vernant, M. Maus, Bataille, Blanchot y otros, se han ocupado del tema ampliamente mostrando las diferencias entre el sacrificio ritual y el sacrificio moral, y el sacrificio como autoafirmación de la pura autonomía. Se puede seguir este tema en el libro citado aquí de Bernard Baas, páginas 120 y siguientes.

La Cosa y la Ley moral

La ética es rectificada por la ciencia, lo que quiere decir que hasta la emergencia de lo que se denomina el “discurso de la ciencia”, la ética resolvía el dilema del placer y del dolor con la referencia a máximas religiosas o a un Bien absoluto, como en el caso del mundo griego. A partir de ese momento, la ética queda capturada por el rigor de lo real.

El *das Ding* humano sufre una alteración a partir de las formulaciones de Newton: el rigor de lo necesario de la ley. La física de Newton lleva a Kant a formular un imperativo moral universal, independiente del mundo de las pasiones y afectos: “Actuar de tal modo que la propia acción pueda ser elevada al nivel de un principio universal.” El acto para ser moral no puede obedecer al campo de las emociones y afectos; Kant habla del *pathologisches Objekt*, es decir una pasión cualquiera, de cualquier afecto.

El campo de la ética con el imperativo moral tendría la firmeza de un principio físico, como la gravitación universal: ningún objeto escapa a su dominio. Tal máxima, imposible de cumplir, se asemeja en su formulación a la máxima sadiana como imperativo de goce sin límites de la norma social. Por eso Lacan escribió *Kant con Sade* tres años después como reseña para la publicación de las obras completas del Marqués. Comparando las dos máximas paradójicas concluye en la lección del 23 de diciembre de 1959, que la máxima categórica de Kant en el tiempo de la informática y la automatización podría escribirse: “Actúa de tal suerte que tu acción siempre pueda ser programada...” Más tarde la maquinización criminal nazi pareció obedecer tanto a la acción destructiva del genocidio como a la obediencia insensata de los agentes, como un efecto de este imperativo.

La cercanía histórica entre *La crítica de la razón práctica* (1788) de Kant y, seis años después, 1795, *Filosofía sobre el tocador* de Sade, dan cuenta de una convergencia invertida: uno propone una máxima universal de control moral, el otro un imperativo de goce ilimitado.

A pesar de esta posición radical, Kant admite un correlato afectivo de la ley pura, es decir el dolor. Lacan cita a Kant: “En consecuencia, podemos ver *a priori* que la ley moral como principio de la determinación de la voluntad, perjudica por ello mismo todas nuestras inclinaciones, y debe producir un sentimiento que puede ser llamado de dolor [...]” (p. 99)

La paradoja de *das Ding* es que alcanzarla es abrir las compuertas del goce del cual es fuente, que en este caso conduce al dolor propio y ajeno, a la muerte, en tanto *la Cosa* es la forma de la pulsión de muerte, como pura falta.

El extremo placer es un forzamiento del acceso a *la Cosa*, nos enseña Lacan. El mandamiento de “no desear la mujer del prójimo” es interpretado por este autor como lo que estando desde el comienzo en el deseo incestuoso, es la primera cosa codiciada y que preserva la distancia de *la Cosa* en cuanto cosa del prójimo. Quedan articulados en este deseo primitivo la Ley y el pecado, lo que hace que sin la Ley *la Cosa* esté muerta: “Pero la Cosa encontrando la ocasión produce en mí toda suerte de codicias gracias al mandamiento, pues sin la Ley la Cosa está muerta. Ahora bien, yo estaba vivo antaño, sin la Ley. Pero cuando el mandamiento llegó, la Cosa ardió, llegó de nuevo, mientras yo encontré la muerte. Y para mí, el mandamiento que debía llevar a la vida resultó llevar a la muerte, pues la Cosa encontrando la ocasión me sedujo gracias al mandamiento y por él me hizo deseo de muerte” (p. 103).

A través de esta reflexión, Lacan articula el deseo a la prohibición del incesto como Ley universal fundante de lo social y deducida por Freud de la clínica aún antes que la antropología estructural, bajo la dirección de Levi-Strauss, confirmara con los hechos etnográficos y la estructura de los linajes su función de Ley universal ordenadora.

La Cosa, según esta lógica, es el pecado. La relación de nuestro deseo con la interdicción de la Ley llega a ser deseo de muerte.

Este pecado, *hamartía*, toma por esa razón una dimensión desmesurada. Pero la ética del psicoanálisis muestra que esta prohibición fundante genera una erótica a la que Freud relacionó con la pareja hombre-mujer, pero prefirió hablar directamente de la sexualidad y su correlato, la castración, más que desarrollar una erótica como otras que se ocupan de los asuntos del amor.

Lacan va a articular amor y sacrificio como un *puro amor*, tal como se puede leer en el *Seminario Libro 9: La transferencia* (1961) en la lección del 3 de marzo sobre la trilogía de Paul Claudel: Sygne, la protagonista, llega al sacrificio supremo de casarse con el expoliador y verdugo de su familia; ceder sus bienes y títulos nobiliarios a su victimario por salvar al Papa y el honor de Francia. Un sacrificio absoluto por puro amor que le sirve para invocar la muerte y hasta la condenación eterna.

A su vez, Antígona busca su sacrificio sin consideración por las leyes de los dioses o de los hombres, como lo enseña Lacan en su seminario sobre la ética del psicoanálisis.

Antes de pasar al tema del sacrificio hay que evocar una cita de Lacan en *El objeto del psicoanálisis*, en la lección del 8 de junio de 1966, pues en ella resume su posición en relación a la pulsión de muerte formulada por Freud, y su crítica a la filosofía por desconocer esta formulación:

El efecto, el valor fundamental del objeto del goce es al demostrarnos mediante qué engranaje, porque no tenemos ningún otro hasta el presente, desafío a cualquier filosofía a darnos cuenta hasta el presente de la relación que hay entre el surgimiento del significante y esta relación del ser al goce. Hay forzosamente una, ¿cuál es? Efectivamente es en la línea de la topología subjetiva que se concentra algo de este campo del goce. Es muy precisamente la cosa está en suspenso en este punto en que Freud nos dijo, ahí está el sentido de lo que él dice. En este hilo subjetivo, en lo que hace que el sujeto no sea inmanente, sino latente, evanescente en la red del lenguaje ahí dentro está tomado al goce en tanto es que es goce sexual. Ahí está la originalidad y lo abrupto, el acento de lo que nos dice Freud. Pero, ¿por qué es así? Ninguna filosofía, digo, actualmente coincide con nosotros. Y estos miserables abortos de filosofía que arrastramos detrás de nosotros como hábitos que se despedazan no son otra cosa, desde el comienzo del siglo pasado; que una manera de jugar, más bien que de dedicarse a esta cuestión, que es la única sobre la verdad y que se llama, y que Freud nombró instinto de muerte, masoquismo primordial del goce, a saber, metáforas, reflejos, relámpagos, que proyecta sobre esta cuestión nuestra experiencia. Toda la palabra filosófica se caga y se sustrae. No sabemos, pues, lo que hay de esta toma de la línea en este campo dudado y, sin embargo, ya anunciado en todo el fantasma de la tragedia.⁴

Texto fulgurante que supone un trabajo cuidadoso sobre él. En cuanto a la filosofía, hay verdaderamente un nivel de ironía insultante que muestra que el goce no es algo para mirar de lado. *La Cosa* es el corazón de la clínica. “Cagarse y sustraerse” son palabras fuertes que deben tomarse como un imperativo ético: ¡No descuidar el campo del goce!

Sacrificio

Se aborda este tema con la guía de Bernard Baas, filósofo con suficiente conocimiento de la enseñanza de Lacan, en su libro ya citado y en su artículo *Le sacrifice et la Loi*, en los que examina las principales teorías sobre el tema del *sacrificio*. Este autor repasa el pensamiento que viene desde Kant con sus observaciones sobre los actos y mortificaciones de los penitentes creyentes que separan la moral de la religión y se entregan a actos de reparación que tienen que ver más con la superstición y con un interés servil de seducir la

⁴ Tomado de la versión de Folio View 4.2 sobre el seminario *El objeto del psicoanálisis*, no publicado.

Divinidad, pasando por Hegel que ve en el sacrificio religioso una forma de autoafirmación de la conciencia soberana.

La renuncia moral, aunque no esté acompañada de víctimas sacrificiales, está presente en el fondo de todas las formas arcaicas del sacrificio. Es a partir de la promoción del imperativo categórico que se alcanza la división entre sacrificio ritual y sacrificio moral. Para este trabajo, es el sacrificio moral el que interesa, por su forma de goce que toca los límites del gozar. Es de la renuncia moral de lo que se ocupa Lacan cuando desarrolla su teoría de *la Cosa*.

Freud explica el espíritu del sacrificio y la exigencia moral del superyó bajo la forma del imperativo categórico kantiano, como manifestación del superyó y la culpa asociada al asesinato del padre originario, es decir, como efecto del complejo de Edipo. Según esta perspectiva teórica, el sacrificio moral tendría como origen la forma arquetípica, modelo de todos los sacrificios: la comida totémica por efecto del asesinato del padre. Es indudable que Freud en esta perspectiva se mantiene en la línea del intercambio reparador a causa del asesinato original, lo sitúa su teoría en un ámbito evolucionista y utilitario.

El sacrificio moral está más relacionado con la condición de “santidad” de la voluntad, tal como Kant la postula con el imperativo categórico. Esta *Cosa* imposible que ordena el sacrificio, es a la vez su límite y su amenaza, por su condición de Real inasimilable. Esta *Cosa* amenaza toda experiencia humana puesto que la “santidad” de la voluntad absoluta aboliría toda simpatía; su condición soberana suprime todo intercambio y el goce anula todo deseo contaminado de afectos. La voluntad es “santa” en tanto que está sometida al principio de no contradicción, es decir, no puede querer sino el bien.

Las condiciones del sacrificio le confieren al objeto sacrificado un estatuto de objeto éxtimo, que si bien no es la verdad universal del sacrificio, ciertamente es común a todas las teorías del sacrificio. Su condición de objeto éxtimo atraído por el vacío de la *Cosa* es, según Lacan, el fundamento de todo sacrificio. En este punto se aparta Lacan de la consideración edípica del sacrificio moral como satisfacción pulsional.

En el proceso de causación del sujeto hay un resto de la operación que Lacan nombró objeto *a*, objeto éxtimo del fantasma cuya función es restaurar la pérdida original. Este objeto, como parcial, se recubre de las distintas formas del objeto de la pulsión, ya sea como mirada, voz, pezón, heces... Es un objeto causa de deseo el que articulado al fantasma trata de cubrir la falta del Otro. Es un objeto que en sí mismo, a pesar de

las “casullas” pulsionales, está caracterizado por ser pura falta, es decir, manifiesta *La Cosa* misma, vacío insondable, real imposible.

Por eso el fantasma se apoya en el deseo y produce el síntoma. El objeto del sacrificio con su condición de extimidad frente a *La Cosa* fuente de goce supone un movimiento de acercamiento y distancia. Sin duda hay que distinguir la condición de objeto pulsional, objeto causa del deseo, de la de objeto de sacrificio. El objeto parcial tampoco puede ser capturado y por eso mantiene su condición de extimidad en relación al sujeto. En el caso del objeto del sacrificio, se estaría más del lado del objeto puro como lo supone una voluntad santa en el imperativo categórico. En este punto Kant es referencia obligada para Lacan en relación al sacrificio.

Hay en la lección del 24 de junio de 1964 del Seminario, Libro 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, citado al principio, unos párrafos en los cuales Lacan resume su punto de vista sobre el sacrificio:

Sostengo que ningún sentido de la historia, fundado en las premisas hegeliano-marxistas, es capaz de dar cuenta de este resurgimiento mediante el cual se evidencia que son muy pocos los sujetos que pueden no sucumbir, en una captura monstruosa, ante la ofrenda de un objeto de sacrificio a los dioses oscuros”.

La ignorancia, la indiferencia, la mirada que se desvía, explican tras qué velo sigue todavía oculto este misterio. Pero quien quiera que sea capaz de mirar de frente y con coraje este fenómeno, —y repito, hay pocos que no sucumban a la fascinación del sacrificio en sí— el sacrificio significa que, en el objeto de nuestros deseos, intentamos encontrar el testimonio de la presencia del deseo de ese Otro que llamo aquí el *Dios oscuro*.

[...]Este es el sentido eterno del sacrificio al que nadie se resiste, a menos de estar animado por esa fe tan difícil de mantener y que tal vez un solo hombre supo formular de manera plausible: Spinoza con su *Amor intellectualis Dei*. [...]La reducción del dominio de Dios a la universalidad del significante, lo cual produce un desasimiento sereno, excepcional, en lo tocante al deseo humano”. (p. 282)

Esta cita es un resumen de la enseñanza de Lacan sobre el sacrificio y su importancia para la clínica analítica.

Lacan aborda el sacrificio con la alusión al exterminio de los judíos, nombrado por la comunidad judía *Shoa*, palabra que reemplaza a la de *Holocausto*, la que implicaba un sentido religioso y cierta necesidad de saldo de una deuda histórica imputada al pueblo judío. Por eso se cambió la metáfora sacrificial por la palabra hebrea *Shoa*, que tiene el sentido de destrucción, sin referencia al ámbito sacrificial religioso. Es más la convergencia del discurso de la ciencia aislado de su dimensión humana. Nagasaki e Hiroshima, y otro número siniestros de genocidios recientes, están al orden del día. De ahí el mensaje de advertencia que se puede concluir tanto de Freud en relación al término “prójimo”, “tentación”, como de las reflexiones de Lacan

frente a la exigencia insensata del superyó con relación al sacrificio. ¿Cómo poder amar al prójimo si lo que se espera es una ocasión propicia para explotarlo?

La escena de Abraham a punto de sacrificar a su unigénito y el temblor de la víctima humana cambiada por el carnero evoca el llamado de Cristo en la cruz cuando dice “Padre, ¿por qué me has abandonado?” Llamado en vano, pues *la Cosa* no responde, ordena.

Droga, sacrificio y clínica

Cuando se examinan ciertos consumos de los llamados “toxicómanos”, se tiene la impresión de que algo oscuro e irremediable empuja al consumo, el que por su condición de ilegal conduce a tres salidas conocidas: la cárcel, el hospital o la muerte. La opinión popular habla de los toxicómanos a los cuales hay que dejarlos “tocar fondo”, parece entenderse por esta opinión llegar a un límite máximo que haga necesario el internamiento en comunidades de adictos, para protegerlo de la muerte: ponerlo en manos de Otro, verbigracia, “Teoterapia”...

Los manuales de alcohólicos y narcóticos anónimos comienzan con dos proposiciones, una del reconocimiento de su estado de servidumbre en relación a la sustancia, —algunos introducen el significante “enfermedad”—. Simultáneamente, la responsabilización de su estado, y finalmente, el consejo de entregarse a una fuerza superior de orden divino, como recurso de protección.

Aunque los casos de adicción, tanto a sustancias como a juegos, son ruidosos y costosos a los Estados, terminan siendo cubiertos por políticas preventivas y represivas, muchas veces insuficientes y contradictorias: la dosis mínima y la persecución al productor... Es conocida la dificultad para la dirección de la cura analítica por el embotamiento del organismo y su imposibilidad de elaborar una significación simbólica, la que al ser de palabra, muchas veces fracasa ante la adicción; el objeto se inscribe en el cuerpo y toma un carácter real, orgánico. El debate permanente entre despenalizar y penalizar alimenta un gran negocio, sin dejar examinar otras variables como las oportunidades para la población juvenil y la inequidad social.

Para ilustrar aquí la relación al sacrificio como empuje a *la Cosa*, no se presentan viñetas clínicas de adictos, en las cuales, por lo demás, abundan los fracasos terapéuticos; más bien se quiere destacar el caso

público de Roger Casement, protagonista de la última novela del reciente premio Nobel, Mario Vargas Llosa (2011), *El sueño del celta*, por su contenido sacrificial.

Dando crédito a la reconstrucción histórica y documental de la vida del personaje, hay algo notable en el proceso que lo lleva a la ejecución: pasa de ser el titular nobiliario reconocido por la Corona Británica por sus méritos en la defensa de los Derechos humanos de la comunidad negra del Congo y la indígena del Putumayo, para entrar en una lucha clandestina contra el imperio británico por la liberación de Irlanda. Hay hechos notables de lapsus y de actos fallidos con consecuencias gravísimas, como dejar olvidado en un hotel el código secreto de la guerra, condición para la comunicación sobre el desembarco del ejército de liberación irlandés, en la cual le ayudaban los alemanes...

Sus diarios íntimos fueron confiscados por la policía británica en Londres, y no se sabe cuánto de la fantasmagoría sexual obscena reportada allí correspondía verídicamente a Casement, o cuánto fue agregado malignamente por la policía para adobar la causa nacionalista con una dosis notable de homofobia. Estos documentos, supuestamente manuscritos, ayudaron a levantar la horca en la cual terminó, a pesar de las protestas de intelectuales y gobiernos: una mezcla de homofobia y nacionalismo.

Es arriesgado hacer clínica de ultratumba, pero los datos biográficos dejan ver como se puede deducir un empuje silencioso al sacrificio y la inmolación. La víspera de su ejecución pidió papel y una pluma como concesión última; escribió dos mensajes cortos, uno que dirigió a su prima Gee, en el cual, además de frases sentidas sobre el afecto que le profesaba, decía textualmente: "*Mañana día de St. Stephen, tendré la muerte que he buscado. Espero que Dios perdone mis errores y acepte mis ruegos*" (Subrayado agregado).

El caso deja ver ese movimiento ineluctable hacia una muerte segura: la inmolación de un héroe, a pesar de que su edad de 52 años no lo hacía apto para un desembarco y combates. Además rechazó la oferta alemana de permanecer en Alemania como "Embajador de la futura República de Irlanda..." Vargas Llosa cita un verso de W.B. Yeats: *I say that Roger Casement. Did what he had to do.*

Seguramente la figura del héroe podría ser evocada en este caso de carácter "patriótico". Es una posibilidad que tampoco anula el sentido del sacrificio. Otros patriotas irlandeses sobrevivieron a este movimiento, pero Casement terminó siendo sepultado sin lápida, ni cruz, ni iniciales, junto a la tumba, también anónima, de un tal doctor Crippen, célebre asesino ajusticiado un tiempo antes.

Llegar a ser un objeto de desecho, ¿no es la posibilidad siniestra del empuje sacrificial de este noble y admirable sujeto y de algunos toxicómanos?

Referencias bibliográficas

- Baas, B.** (1999) "El deseo puro. A propósito de Kant con Sade de Lacan". *Freudiana* N° 26, Barcelona, España: Paidós.
- Baas, B.** (1992) *Le désir pur. Parcours philosophiques dans les parages de J. Lacan*. Louvain: Peeters.
- Freud, S.** (1979) El problema económico del masoquismo (1924). *Obras completas* (Vol. XIX). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Horkheimer, M. & Adorno, T.** (1947) *La dialectique de la raison*. Paris, Francia: Gallimard.
- Kant, E.** (1985) *Crítica de la razón pura*. (Trad. Pedro Ribas). Madrid, España: Alfaguara.
- Kant, E.** (1983) *La religión dans les limites de la simple raison*. Paris, Francia: Vrin.
- Lacan, J.** (1984) Kant con Sade. *Escritos 2*. México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J.** *Seminario 13, El objeto del psicoanálisis*. Recuperado de la base documental Folio View 4.2.
- Lacan, J.** (1987) *El Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964-65)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.